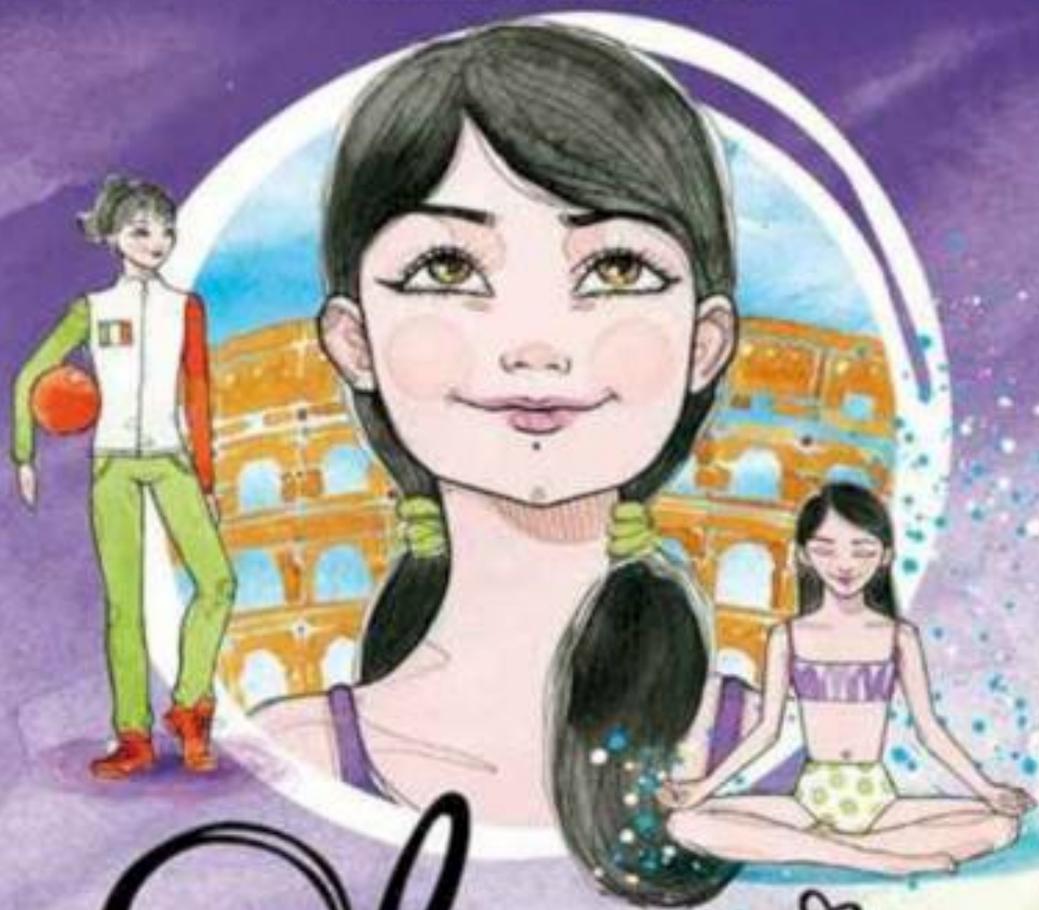


Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



Olympia

EN BUSCA DEL SUEÑO

Olympia es una chica muy especial, y es que tiene un sueño por el que luchará más allá de lo imposible: Olympia quiere ser gimnasta olímpica.

El campeonato de gimnasia rítmica traslada a Olympia y a sus amigas hasta la antigua Italia. Retos desafiantes, nuevos lugares que descubrir, amor, competición... Las inquietudes de Olympia hacen que una nube de nervios le impida pegar ojo y concentrarse.

¿Será capaz de tranquilizarse y encontrar la energía suficiente para luchar por sus sueños?

Y, además: curiosidades y consejos para mejorar la técnica de la pelota... ¡Todos los trucos de Almudena Cid!



Bajo la mirada de...

CARIÑO

Es el perro de Maya. Convive en el chalé con todas las gimnastas y tiene un olfato privilegiado para las chucherías y las travesuras: todo un radar canino.



MAYA

Es la seleccionadora de nacionalidad búlgara. Vive con las chicas y lleva el equipo nacional con mano firme: hace falta disciplina para llegar muy lejos.



Italia me ofrecerá nuevas amistades:

IRE

Forma parte del conjunto italiano. La nueva amiga extranjera de Olympia necesita mucho el cariño de sus padres.



ROSARIA

La *mamma* de Ire es divertida, creativa y muy teatral, y sigue a su hija en todas las competiciones a las que asiste.



—Eeeeeoooooooo... —gritaba Olympia haciendo altavoz con las manos.

—Hooooooooaaaaa... —gritaba Carmen desde la otra punta del recinto, como a 160 metros, porque era enorme: estaban en el Coliseo de Roma. Ellas y tropecientos mil turistas. Las chicas destacaban porque iban todas con el chándal del equipo español y Oly se fijó en que mucha gente las miraba.

—A lo mejori si creen qui somis famosi.

Lucía puso los brazos en jarras:

—¿Otra vez?

A Oly se le había metido en la cabeza que hablar italiano estaba chupado. Lo único que tenía que hacer era juntar las yemas del pulgar, el índice y el corazón de las dos manos y moverlas de arriba abajo mientras hacía que sus palabras terminasen en «i».

—lo parlo italiani very bien, spasiva.

El lío de idiomas que tenía encima también era tamaño Coliseo.

Habían llegado a la capital de Italia esa misma mañana después de un vuelo corto, que todas aprovecharon para una siestecita mañanera. Bueno, todas menos Olympia, que se había dedicado a mirar cómo dormían las demás, cada una de una forma: Ardilla, con la boca abierta y recostada sobre la bandeja del avión; Estrella, del conjunto, retorcida en el asiento y babeando en el hombro de Carmen; Laura, la nueva, hecha un ovillo contra su ventana... Ella llevaba veinte minutos intentando conciliar el sueño con la

pierna como almohada, apoyada en el cristal. ¡Las de rítmica parecían contorsionistas!

El aterrizaje también había sido para verlo: todas corriendo por el aeropuerto con sus maletas de ruedas y cargando con los aros al hombro. Las individuales llevaban dos, por si uno de ellos se rompía, y el conjunto llevaba seis, todos ellos en una misma funda que le había tocado a Carmen, porque era la última que se había incorporado al conjunto.

—¡Abran paso! —iba gritando la microgimnasta mientras fingía que era una bombera con las mangueras al hombro, dispuesta a apagar un incendio.

—Chicas, ¡los aparatoooooos! ¡Que no son jugueteeeeeeeees! —repetía Maya, aunque en el fondo se reía. Menudo espectáculo estaban dando.

—E-S-P —leyó Ardilla: el cartel lo sujetaba un señor en la puerta de la terminal—. ¿«Espera»? ¿Que espere qué?

—Será «Espagueti», ¡que estamos en Italia!



—Que no, que son siglas —tradujo Estrella—. «Equipo Sin Problemas». No, no: ¡«Equipo Sin Peso»!

—Entonces no somos nosotras —Carmen lo tenía claro—. Mira cómo voy yo...

—ESP es «España» —las sacó de dudas Olympia. Algunas componentes del equipo aún no habían salido a com-

petir en internacional y no lo sabían.

—*Benvenuti!* —les había dicho el señor justo en ese momento.

Y en cuanto se montaron en el autobús, la seleccionadora les había dado a todas la sorpresa: «Hoy vamos a hacer un poco de turismo, a estirar las piernas, porque a partir de mañana nos toca concentrarnos a tope antes de salir hacia la competición».

En una semana daría comienzo en Florencia el campeonato de Europa de conjuntos y de individuales, pero antes pasarían seis días de concentración con el equipo nacional italiano. Es habitual entablar este tipo de relaciones con otros países; sirve para salir de la rutina y también para aprender. Siempre se saca algo positivo.

Por España, habían viajado todas las gimnastas, excepto Clara. Su abandono había entristecido al grupo, aunque sabían que todo seguiría adelante sin ella. Era duro pensarlo, pero era así. Nadie era imprescindible. Cada vez que una gimnasta abandonaba el equipo, todas pensaban que algún día serían ellas. Esto provocaba que muchas pasaran página rápido y otras, en cambio, empatizaran más, mantuvieran el contacto con ella. Aun así sabían que Clara no daría señales de vida en meses: iba a necesitar tiempo para volver a tener contacto con la gimnasia.

Ahora, Olympia era la nueva número uno de la selección, y aunque se alegraba, también le daba lástima. «Qué pena que se haya perdido esto», pensaba, porque después del viaje a Rusia, la relación entre ellas había mejorado mucho.

—Es enooooorme —decía Ardilla mirando la arena del Coliseo—. A lo mejor podías escribir sobre esto, ¿no?

Oly asintió. Habían leído en la entrada que las gradas tenían espacio para 73.000 espectadores y ya lo había apuntado en su libretita. Había suspendido historia y como el profesor sabía que las gimnastas tenían muy poco tiempo libre, había aceptado cambiarle el examen por un traba-

jo sobre algún monumento importante. «Vais a viajar a Italia —había dicho—. Y si algo tiene Italia, es historia».

—Es como los estadios de fútbol —seguía su amiga.

—Solo que aquí en vez de marcar gol tenías que evitar que te zamparan los leones.

—¿Te imaginas competir ahí dentro?

Oly se imaginó lanzando la cinta arriba, alto, sin miedo a que golpease en ningún techo... mientras daba volteretas como loca sobre un tapiz en mitad de la arena, para esquivar a los leones y a los otros gladiadores.

—Sí que me lo imagino. Pero no iba a ser muy divertido... A no ser que los leones aprendiesen a saltar por el aro.



—Podrías tirarles las mazas a la cabeza a los otros gladiadores romanos.

A las dos les entró la risa. Laura, la nueva, que estaba a su lado, no se rio. Llevaban solo unos días compartiendo habitación, pero ya tenían claro que era muy solitaria y poco habladora —justo al revés que Ardilla—. Oly se pregun-

taba si se comportaba así porque estaba nerviosa por la competición o porque eran sus formas. Iban a notar un montón el cambio de Carmen a Laura...

La microgimnasta se había ido adaptando a su nuevo grupo: ahora iba siempre con las del conjunto, y Estrella y ella eran uña y carne. Oly la echaba de menos. La vio saludarla otra vez, a lo lejos: estaban yendo ya con Maya hacia la salida.

—¡Chicaaaaaaas! —les gritaba la seleccionadora.

Salieron las tres corriendo como si de verdad las persiguiese una fiera. El autobús las esperaba y llegaban tarde. El susto vino cuando doblaron la esquina a la salida.

¡Pumba!

Oly se cayó al suelo de culo. Lo primero que pensó fue que se había tragado una pared. Luego abrió los ojos y vio a un centurión romano, pero a uno de verdad, con su espada corta, el peto, la faldita, las sandalias de tiras... A ella le daba vueltas la cabeza.

—¿Dónde estoy, en qué siglo, existe la gimnasia rítmica? —porque si no existía, le iba a tocar inventarla y vaya lío explicarle a todo el mundo las reglas.



—*Tutto bene?* —«¿Estás bien?», le preguntó el romano.

—Hola, Tutto, yo soy Olympia —se presentó ella, porque Mina siempre le decía que hay que ser educada.

—*Una foto? Per la collisione?*

—¿Qué foto? ¡Si en tu época no hay cámaras!
Menos mal que se acercó Maya.

—¿Estás bien? —y como la vio hecha un lío le explicó—: No has viajado en el tiempo, Oly. Este hombre está disfrazado de centurión romano y se hace fotos con la gente para ganar algún dinero.

—Pues yo no tengo ni denarios ni sestercios. Solo euros.

—¿De qué hablas?

—El profesor de Historia dice que ese era el dinero de la Roma de Julio César.

Maya se puso de pie mientras negaba con la cabeza.

—Anda, vete al autobús —le dijo y fue ella quien se hizo la foto con el centurión, que la sacaba una cabeza.

Luego, mientras recorrían las calles de Roma y Ardilla se reía de la cara de shock que aún llevaba Olympia, ella terminó de apuntar en su libreta el final de su experiencia en el Coliseo: «Nota 3: el Imperio romano conquistó medio mundo porque los centuriones eran de piedra».



El camino de vuelta parecía eterno, llevaban en el autobús casi una hora y las gimnastas se miraban unas a otras sin entender por qué parecía que las llevaban al fin del mundo. Llegaron a pensar que el chófer se había perdido, pero el representante de la federación parecía muy tranquilo.

—Está clarísimo. Eso es porque el hotel está fuera de Roma —decía Olympia.

—¿Y está en Francia? Porque a este paso...

—Que no te enteras: el problema es que como «todos los caminos conducen a Roma», estamos intentando salir de la ciudad y no hay manera.

Ardilla se rascó la cabeza.



—No sé yo...

Por suerte, un minuto más tarde el conductor, que era un chico joven y muy sonriente, dio el aviso:

—*Ecco! Siamo arrivati!*

Las chicas miraron fuera con la nariz pegada a la ventanilla. Estaban en lo alto de un monte rodeado de vegetación. Un río corría cerca, y delante de ellas se alzaba un edificio de cuatro alturas. Parecía antiguo.

—Pues como cada día tardemos esto del pabellón al hotel... —dijo Carmen.

—Este no es nuestro hotel, chicas —intervino Maya, y todas volvieron la cabeza hacia ella—. Os hemos traído a pasar la tarde a las termas de Stigliano: podréis relajarnos, aprovechar los beneficios de estas aguas y coger fuerzas, porque a partir de mañana y hasta el campeonato de Europa os necesito centradas y fuertes para aguantar toda la tensión de la competición. En dos horas tenemos que estar de vuelta, ¿entendido?

Las puertas del autobús se abrieron y ellas salieron en tromba y con los ojos abiertos como platos. A su alrededor